

publicados por diferentes Consejos provinciales (Zemstvos). Además, en los 15 volúmenes dados á la estampa por el Comité de la Pequeña Industria, y aún más en los trabajos del Comité de la Estadística de Moscú y de muchas asambleas provinciales, encontramos listas detalladas en las que se consigna el nombre de cada trabajador, la extensión y el estado de sus campos, su ganado, el valor de su producción agrícola é industrial, la utilidad que rinden ambas y su presupuesto anual, al mismo tiempo que centenares de industrias separadas han sido descritas en diferentes monografías bajo los aspectos técnico, económico y sanitario.

Los resultados que tales investigaciones han producido son realmente importantes, pues de ellos se desprende que, de los 80.000.000 de habitantes de la Rusia europea no bajan de 7.500.000 los ocupados en la industria doméstica, alcanzando su producción, estimada por lo bajo, á más de 3.750.000.000 de francos, llegando probablemente á 5.000.000.000 (2.000.000.000 de rublos) todos los años (1); lo que la coloca sobre la producción total de la gran industria. Y en cuanto á la relativa importancia de ambas, con relación á las clases trabajadoras, baste decir que hasta en el gobierno de Moscú, que es la principal región manufacturera de Rusia (sus fábricas dan más de una quinta parte del valor de toda la producción reunida de la Rusia europea), el conjunto de

(1) Según las investigaciones domiciliarias, que comprenden 855.000 trabajadores, aparece que el valor anual del producto que acostumbran á manufacturar se eleva á 527.175.000 francos, esto es, un término medio de cerca de 625 francos por trabajador. Otro de 500 francos por las 7.500.000 personas ocupadas en las industrias domésticas, daría ya la cantidad de 3.750.000.000 por el conjunto de su producción; y sin embargo, opiniones autorizadas consideran esa cantidad inferior á la verdadera.

la renta que percibe la población rural de la industria doméstica es tres veces mayor que el total de jornales ganados en las fábricas.

El rasgo más característico de la industria doméstica rusa es que el rápido adelanto hecho últimamente por la fabril no ha perjudicado á la primera. Por el contrario, le dió un nuevo impulso á su extensión, haciéndola crecer y desarrollarse al mismo tiempo que la fábrica. Otro rasgo muy sugestivo es el siguiente: aunque las estériles provincias de la Rusia central han sido desde tiempo inmemorial el asiento de toda clase de industrias pequeñas, varias domésticas, de origen moderno, se están desarrollando en la actualidad en las provincias más favorecidas por su clima y suelo. De este modo, el gobierno de Stavropol, del Cáucaso del Norte, donde los campesinos tienen un suelo fértil, se ha convertido repentinamente en centro de una industria de tejido de seda, floreciente y desarrollada, que se halla establecida en la casa del agricultor, y surte ahora al país de una seda barata que ha logrado expulsar del mercado á la extranjera. La fabricación por la pequeña industria de maquinaria agrícola en Orenburgo y el Mar Negro, que se ha desarrollado últimamente, es otro ejemplo de lo mismo.

Las aptitudes de los trabajadores rusos dedicados á la industria doméstica, para la organización cooperativa, merecería algo más que una simple mención. En cuanto á lo barato del producto manufacturado en la aldea, que es, en realidad, admirable, no puede ser explicado únicamente por el exceso de horas de trabajo y lo reducido de la utilidad, porque esto mismo ocurre en la industria fabril, en la que se trabaja de doce á diez y seis horas y los jornales son muy reducidos; dependiendo también de las circunstancias que el agricultor, que, á pesar de todo, siempre sufre una constante carencia de recursos,

venda el producto de su trabajo industrial á cualquier precio. Así que todos los géneros manufacturados que usa la población rural rusa, menos el algodón estampado, son el producto de la manufactura rural, haciéndose además en las aldeas muchos artículos de lujo, especialmente en las cercanías de Moscú, por campesinos, que no por eso dejan de cultivar el suelo.

Los sombreros de seda que se venden en las mejores tiendas de dicha ciudad y llevan la marca de *Nouveautés Parisiennes*, están hechos por los campesinos de la localidad; y otro tanto sucede con los muebles de «Viena» de los establecimientos más acreditados, aunque sean los que surten á los palacios. Y lo más digno de llamar la atención no es sólo la destreza del trabajador rural, pues las faenas agrícolas no son un obstáculo para que se adquiera habilidad industrial, sino la rapidez con que se ha extendido la fabricación de objetos delicados, allí donde antes sólo se producían géneros de las clases más inferiores (1).

Respecto á las relaciones entre la agricultura y la industria, no es posible hojear los documentos acumulados por los estadísticos rusos, sin convenir en que, lejos de perjudicar á la agricultura, la industria doméstica, por el contrario, es el mejor medio de mejorarla; con tanto más motivo, cuanto durante varios meses el agricultor ruso no tiene nada que hacer en el campo. Es verdad que hay lugares donde la agricultura ha sido totalmente abandonada por la industria; pero esto ha ocurrido en regiones donde los terrenos concedidos á siervos libertados, no sólo eran muy reducidos, sino de

(1) Algunos de los productos de la industria rural rusa se han introducido últimamente en este país y han encontrado buena salida.

mala calidad, faltos de praderas, y la miseria de los campesinos muy grande, agravada ésta con lo elevado de los impuestos. Mas allí donde la amplitud del terreno ha sido razonable, y las contribuciones menos gravosas, se ha seguido cultivando la tierra, y los campos presentan mejor aspecto; siendo mayor el número de las cabezas de ganado en donde la agricultura va asociada á la industria doméstica: aun aquellos cuyas parcelas son pequeñas, hallan medios de arrendar más terreno, si consiguen ganar algo con su trabajo industrial. Y respecto al bienestar relativo, creo inútil decir que siempre se encuentra inclinado á favor de aquellas poblaciones que saben combinar ambos trabajos. Vorsma y Paulovo —dos pueblos dedicados á la cuchillería, uno de los cuales es puramente industrial, mientras que los habitantes del otro continúan cultivando el suelo— podrían citarse como notable ejemplo de tal comparación (1).

Mucho más pudiera decirse referente á las industrias rurales de Rusia, especialmente para demostrar la facilidad con que los campesinos se asocian con el fin de comprar nueva maquinaria, ó suprimir al intermediario en la compra de la materia prima, siempre que la miseria no lo impide. Podría citarse también á Bélgica y especialmente á Suiza, como ejemplo de lo mismo; pero con lo anterior basta para dar una idea general de la importancia, fuerza vital y grado de perfectibilidad de las industrias rurales.

#### Conclusiones.

Los hechos que acabamos de enumerar brevemente, muestran, hasta cierto punto, los beneficios que pudie-

(1) PRUGAVIN, en el *Vyestnik Promyshleynosti*, Junio, 1884.

ran derivarse de una combinación de la agricultura con la industria, si á la última fuera dable florecer en el pueblo, no bajo su presente forma de fábrica capitalista, sino en la de una producción industrial socialmente organizada, contando con la completa ayuda de la maquinaria y el conocimiento técnico. En suma: el rasgo más característico de la pequeña industria, es el de que un relativo bienestar sólo se encuentra donde se halla combinada con la agricultura, donde los trabajadores no han perdido la posesión del suelo y siguen cultivándolo. Aun entre los tejedores de Francia ó de Moscú, que tienen que hacer frente á la competencia de la fábrica, se observa un bienestar relativo en tanto no se ven obligados á desprenderse de sus tierras. Y, al contrario, desde el momento que lo elevado de los impuestos ó la miseria, á consecuencia de una crisis, ha forzado al trabajador doméstico á deshacerse de su última parcela, dejándola en las manos del usurero, la ruina se le entra por las puertas. El explotador se hace omnipotente, se apela á un trabajo excesivo, y la industria entera, á menudo, sufre las consecuencias.

Tales hechos, así como la marcada tendencia de las fábricas á emigrar á los pueblos, son muy sugestivos. Claro es que sería un gran error imaginar que la industria debería volver á su estado de trabajo manual, á fin de combinarse con la agricultura; pues donde quiera que la máquina venga á economizar el trabajo humano, debe acudirse á ella y recibirla con los brazos abiertos, y apenas hay una sola rama de la industria en la que el trabajo mecánico no pueda introducirse ventajosamente, al menos en algunos de los períodos de la fabricación. En el presente estado caótico de la industria, se pueden hacer á mano clavos y cortaplumas de poco precio, y en los telares de mano tejerse la muselina morena; pero

tales anomalías no pueden durar mucho tiempo. La máquina tiene que suplantar al trabajo manual en la manufactura de géneros corrientes, mientras que el arte es probable extienda su dominio en el afinamiento artístico de muchas cosas que ahora se hacen por completo en la fábrica, así como en infinidad de nuevas y recientes industrias.

De las anteriores consideraciones, surge, naturalmente, esta interrogación: ¿Por qué no se habían de tejer á máquina en los pueblos el algodón, la lana y la seda que ahora se tejen allí á mano, sin que por esto el trabajo del campo fuera desatendido? ¿Por qué no habían de acudir á la máquina centenares de pequeñas industrias que hoy viven de la mano, como ya lo hacen la de punto y otras muchas? No hay razón para que los motores pequeños no se generalicen más de lo que están, en donde la fábrica no sea necesaria; ni motivo para que ésta no exista en el pueblo donde se juzgue necesario, como vemos ocurre algunas veces en varias poblaciones de Francia.

Pero ocurre más todavía: no hay nada que justifique el que la fábrica, con su fuerza motriz y maquinaria, no pertenezca á la comunidad, como ya sucede con la fuerza motriz en los talleres y pequeñas fábricas, antes mencionados, en la parte francesa de la sierra del Jura. Es evidente que, en la actualidad, bajo el sistema capitalista, la fábrica es una calamidad para el pueblo, viniendo á sobrecargar de trabajo á los niños y á sembrar el pauperismo entre sus habitantes; siendo, por consiguiente, muy natural que los trabajadores la rechacen por todos los medios posibles, cuando han conseguido mantener sus antiguas organizaciones industriales, como en Sheffield ó Salingen, ó si aún no se han visto reducidos á la última miseria, como pasa en el Jura. Pero, bajo una or-

ganización social más en armonía con la razón, la fábrica no hallaría tales resistencias, pues se convertiría en un beneficio para el pueblo, y ya hay pruebas incuestionables que demuestran *se ha dado* un paso en esta dirección en algunas comunidades rurales.

Las ventajas morales y físicas que el hombre pudiera derivar de dividir su trabajo entre el campo y el taller, son bien patentes. Pero se nos dice que la dificultad estriba en la necesaria centralización de la moderna industria: ¡en ésta, como en la política, la centralización cuenta con numerosos admiradores! Sin embargo, en ambas esferas las ideas de los centralistas vienen á tierra con facilidad; pues si analizamos las industrias modernas, pronto descubrimos que, para algunas de ellas, la cooperación de centenares ó aun miles de obreros reunidos en un mismo lugar es realmente necesaria. Las grandes fábricas de fundición y trabajos de minas pertenecen indudablemente á esta categoría; los grandes trasatlánticos no pueden construirse en talleres de pueblos. Pero muchas de nuestras grandes fábricas no son más que aglomeraciones, bajo una dirección central, de varias industrias distintas; en tanto que otras no son más que un conjunto de centenares de copias de la misma máquina, como ocurre con nuestras grandes filaturas y fábricas de tejidos.

Siendo la fábrica un negocio puramente particular, sus dueños hallan ventajoso el tener todas las ramas de una industria determinada bajo su dirección, pudiendo de ese modo acumular las utilidades de las sucesivas transformaciones de la materia prima. Y cuando varios miles de telares mecánicos están combinados en una fábrica, el dueño saca de ello partido para dominar el mercado: pero, visto en su aspecto *técnico*, las ventajas de un tal sistema son insignificantes, y á veces problemáti-

cas. Ni aun la industria algodonera, que es de las más centralizadas, se resiente lo más mínimo por la división de la producción de una clase de géneros, determinada en sus diferentes períodos, entre varias fábricas separadas: lo vemos en Manchester y pueblos de sus inmediaciones. Y en cuanto á la pequeña industria, en nada la perjudica que aumente la subdivisión de los talleres, lo mismo en la relojería que en otros ramos.

Oímos decir con frecuencia que un caballo de vapor cuesta tanto en un motor pequeño, y tanto menos en otro diez veces mayor; y que la libra de torzal de algodón cuesta mucho menos, cuando la fábrica es más grande. Pero, según la opinión de las primeras autoridades en ingeniería, como, por ejemplo, la del profesor W. Unwin, la distribución de fuerza hidráulica, y especialmente eléctrica, desde una estación central, deja sin valor la primera parte del argumento; y en cuanto á la segunda, esa clase de cálculos sólo tienen aplicación en aquellas industrias que preparan el producto á medio manufacturar para nuevas transformaciones. Respecto á los innumerables artículos que derivan su valor principalmente de la intervención de la mano de obra, se pueden producir en fábricas pequeñas, que sólo emplean algunos centenares ó docenas de operarios. Aun en el estado actual, las fábricas gigantes ofrecen graves inconvenientes; pues no pueden reformar su maquinaria con rapidez, á fin de satisfacer las demandas constantemente distintas de los consumidores. ¡Cuántos fracasos de grandes firmas, demasiado conocidas en este país para que haya necesidad de nombrarlas, han sido debidos á esta causa! Y respecto á las nuevas ramas de la industria, que he mencionado al principio del capítulo precedente, siempre necesitan empezar en pequeña escala, y lo mismo pueden prosperar en las pequeñas poblaciones que en las

grandes, si los pequeños núcleos se hallan amparados por instituciones que estimulen el gusto artístico y favorezcan las disposiciones del inventor.

El progreso realizado últimamente en la industria juguetera, así como la elevada perfección alcanzada en la fabricación de instrumentos ópticos y matemáticos, en la ebanistería, en la de pequeños artículos de lujo y otras parecidas, son ejemplo de lo que decimos. El arte y la ciencia no son ya monopolizados por las grandes ciudades, y á medida que el progreso avance, más y más se irán extendiendo por el país.

La distribución geográfica de la industria en un país determinado es indudable que depende, hasta cierto punto, de un conjunto de condiciones naturales; pues no cabe duda de que hay lugares más favorablemente situados que otros para el desarrollo de industrias determinadas. Las riberas del Clyde y del Tyne son ciertamente muy apropiadas para astilleros, y éstos necesitan hallarse rodeados de una multitud de fábricas y talleres. Siempre encontrarán las industrias algunas ventajas en su agrupación, dentro de ciertos límites, según los rasgos naturales de cada región. Pero debemos reconocer que hoy no están asociadas con relación á este principio. Causas históricas, principalmente las guerras religiosas y rivalidades entre las naciones, han representado una parte importante en su desenvolvimiento y su actual distribución, así como otras consideraciones relacionadas con las mayores ó menores facilidades para la venta y la exportación, las cuales ya van perdiendo su importancia con el aumento en las facilidades de transportes, y perderán más todavía cuando los productores produzcan para sí y no para consumidores lejanos. ¿Por qué, en una sociedad racionalmente organizada, había de seguir siendo Londres un gran centro de conservas y paraguas, del

que se surte casi todo el país? ¿Por qué las innumerables pequeñas industrias de Whitechapel, en vez de seguir reconcentradas, no habían de extenderse por toda la nación?

No hay razón alguna para que los mantos que usan las señoras inglesas sean confeccionados en Berlín ó en Whitechapel, y no en el condado de Devon ó Derby. ¿Por qué ha de refinar azúcar París para casi toda Francia? ¿Por qué se han de fabricar en los 1.500 talleres de Massachusetts la mitad del calzado que se usa en los Estados Unidos? No hay absolutamente motivo alguno para que persistan semejantes anomalías. Las industrias deben extenderse por el mundo entero, á lo que seguirá imprescindiblemente un movimiento análogo de las fábricas en el interior de cada nación.

Es tanta la ayuda que necesita la agricultura de los habitantes de la ciudad, que todos los veranos miles de trabajadores dejan sus tugurios de las poblaciones y se van al campo á hacer la siega. Los pobres de Londres van en gran número á Kent y Sussex durante la recolección, calculándose que sólo el primero necesita 80.000 personas forasteras para llevarla á cabo. En Francia se despueblan comarcas enteras durante ese tiempo, y sus habitantes emigran á las regiones más fértiles del país; en los Estados Unidos, se trasladan en dicho tiempo también, todos los años, centenares de miles de criaturas á las praderas de Manitoba y Dacota; y en Rusia, hay anualmente un éxodo de varios millones de hombres que bajan del monte á segar en los prados del Mediodía, en tanto que algunos fabricantes de San Petersburgo acortan su producción en el verano, porque los operarios se vuelven á sus pueblos para cultivar sus parcelas. La agricultura no puede pasarse sin ese aumento de brazos en verano, y aún necesita más ayuda todavía para me-

mejorar el suelo y multiplicar sus fuerzas productivas. Labranza á vapor, desagüe y abonos, convertirían los terrenos de arcilla dura del Nordeste de Londres en un suelo más rico que el de las praderas americanas; para hacerse fértiles esos barros sólo necesitan ser tratados convenientemente, como ya se ha dicho, y ese trabajo lo realizarían con gusto los trabajadores de las fábricas si se hallase debidamente organizado en una comunidad libre en interés de toda la sociedad. El suelo reclama esa ayuda, y la tendría bajo una organización conveniente, aunque para ello hubiera necesidad de parar el trabajo de muchas fábricas durante el verano. Es indudable que los actuales dueños de las fábricas considerarían ruinoso el tener que suspender anualmente el trabajo durante algunos meses, porque el capital empleado en la fábrica debe producir dinero cada día y cada hora si es posible. Pero esto es en el orden capitalista y no de la comunidad. En cuanto á los trabajadores, quienes deberían ser los verdaderos directores de la industria, encontrarán de seguro más saludable el no hacer el mismo monótono trabajo el año entero y lo abandonarán durante el verano, á menos de que hallen el medio de lograr que no se pare la fábrica, valiéndose del relevo por grupos.

El esparcimiento de la industria por todo el país, á fin de ponerla en contacto con la agricultura y hacer que ésta derive de esa combinación todas las ventajas posibles (véanse los Estados Orientales de Norte América), es indudablemente el primer paso que se ha de dar, desde el momento que sea posible una reorganización del actual sistema. Lo que ya se ha hecho, como hemos visto en las páginas anteriores; ese paso se impone, por la necesidad misma de producir para los mismos productores; impónese también, por la precisión que tienen

todas las personas que deseen conservar la salud, de dedicar una parte de su tiempo á un trabajo manual al aire libre; lo que se hará más imprescindible cuando los grandes movimientos sociales, que ahora se han hecho inevitables, vengán á perturbar el estado industrial presente, obligando á cada nación á recurrir á sus propios recursos para su sostenimiento. La humanidad en general, así como cada individuo separado en particular, todos ganarán con el cambio, y éste se ha de realizar sin remedio.

Además, semejante variación supone también una profunda modificación de nuestro actual sistema de educación; implica una sociedad compuesta de hombres y mujeres, cada uno de los cuales puede trabajar lo mismo con sus brazos que con su inteligencia, en las direcciones que quieran. Esta «integración de las capacidades» es lo que voy ahora á analizar.